

XIII

JACOBO DE ARMAÑAC

Durante algunos momentos el gran marqués permaneció inmóvil, como aplastado por la fatalidad que acababa de amargarle su entrevista con el rey. Luego, habiendo oído rumor de armas que llegaba de fuera, enderezó el noble busto y fué derechamente hacia la puerta que defendían sus servidores, abriéndola con firme mano al mismo tiempo que decía :

— ¡Gualberto! ¡Silvan! Apartaos... Dejad paso.

Su intervención no podía ser más oportuna, pues se produjo á punto para salvar la vida de los dos jóvenes Peiragude, amenazada por la persona que quería franquear la puerta. Dicha persona, aunque sin armas visibles, era un terrible luchador, y poseía medios de destrucción verdaderamente excepcionales.

Como que se trataba de Mammouth el rojo, quien al igual que Salem Kébir disponfa de las célebres ampollas

de cristal que mataban á cualquier enemigo con solo romperlas cerca de éste.

Y eso era lo que se proponía el mago para desembarazarse de los dos abnegados servidores que negábanle el acceso á la cámara donde debía encontrarse el rey; romper cerca de ellos un par de ampollas de apariencia inofensiva, con lo que hubieran tenido más que suficiente para no oponer resistencia alguna.

La orden dada por el señor de Villanueva detuvo á tiempo su gesto homicida.

Rechazó con soberbio ademán á los dos Peiragude, pasó el umbral, cerrando tras sí la puerta, y una vez en el saloncillo echó atrás sin vacilar los pliegues de su albornoz y su capucha encarnada.

Entonces pudo verse á plena luz el semblante altivo de mirada inteligente que vimos ya una vez en las gargantas del Anti-Líbano, y más tarde en el laboratorio de la casa maldita y en el gabinete de Villequier en el Luvre, durante la noche de las evocaciones.

Aquel hombre era Bar Cobral, el viajero que encontrara en Siria Sed de Amor; el terrible mago que adoptando tres nombres y tres personalidades diferentes habíase erigido en el *Deus ex machina* de la corte de Francia.

En el momento en que lo encontramos una vez más, el semblante generalmente animado por el reflejo de las resoluciones enérgicas, aparecía triste, como si lo velase la duda; y á los ojos, siempre vivos, dijérase que se asomaba el escepticismo entenebreciendo la mirada.

El marqués de Villanueva contemplaba á aquel hombre con emoción extraordinaria. Su corazón latía con tal fuerza que amenazaba con romperse.

— Señor conde, — dijo al fin, cuando le fué posible hablar — dos veces nos hemos encontrado, en el espacio de otros tantos días, después de más de veinte años de separación, y aún no sé si debo alegrarme de ello y dar gracias á Dios...

— Dentro de dos horas hubiera sido momento oportuno para hacerlo; — contestó el otro con voz sombría. — Culpemos de ello á la fatalidad.

— ¡Jacobo!

— ¡Marqués!

Recordando la amistad que los uniera en otro tiempo, los párpados de aquellos dos hombres se velaron de lágrimas, al mismo tiempo que se abrían insensiblemente sus brazos.

¡Qué abrazo tan apretado el que se dieron! Incapaces de pronunciar una sola palabra, las gargantas opresas por lo intenso de la emoción, los dos antiguos compañeros de armas permanecieron unidos, sin acertar á separarse.

Eran igualmente nobles, igualmente buenos, y ambos habían sufrido lo indecible, aun cuando por diferentes razones. ¿Cuál podía ser la resultancia de su encuentro, en condiciones excepcionales, y en el momento en que una turba multa de homúnculos gándules y viciosos se agitaba en torno de la monarquía?

Ninguno de los dos lo sabía, aunque ambos estaban seguros de que uno solo de sus ademanes debía aplastar

el hormiguero, barrer la inmundicia de una nobleza degenerada, ó pulverizar el trono, según que fuese hecho en este ó en el otro sentido.

Y seguían abrazados y sin hablar, como si temiesen poner término á las efusiones que les permitían olvidarse de la hora presente, crítica como pocas, para rememorar tan solo el pasado venturoso.

Por fin el conde de Armañac — ya no hay motivo alguno para que sigamos ocultando el nombre verdadero del mago rojo — rechazó suavemente al marqués.

— Jacobo — le dijo — he de darte gracias por haber otorgado tu confianza al mensaje que te envié, un poco incoherente por cierto. Tu mujer y tu hija se encuentran junto á la reina Luisa, lo que equivale á decir al abrigo de cualquier desgraciada eventualidad, puesto que la reina tiene tanto de los Guisas como de los Valois.

— ¿Te extraña que tuviese confianza en ti? — contestó el gran marqués. — ¿Qué mejor protector podía desear mi esposa?

— Ni ella, ni tu hija.

— La niña que acompaña á la marquesa no es hija mía.

— ¿Cómo? ¿Esa rubita no es hija tuya? — preguntó el de Armañac sorprendido.

— No : pero fué mi providencia en Vincennes, y por eso, aun cuando ella es gitana, he prometido adoptarla.

El conde miraba á su amigo con estupor no disimulado.

— ¡Gitana esa criatura! — decía extrañadísimo

¿Pero estás seguro de lo que dices? Porque yo creo que á menos que su cara no sea una mentira viviente, esa niña es tan Villanueva como pueda serlo la más legítima. Tengo la seguridad de ello.

— Genoveva, mi hija rubia, — explicó el marqués, — me fué robada.

— El cielo te la devolverá.

Dicho esto, el semblante del conde de Armañac se entenebreció de nuevo.

— Tú no sabes — añadió con voz mal segura — el efecto que me ha causado la vista de esa criatura. Como ella era mi esposa Blanca de Vertu la primera vez que me fué dado contemplarla. Entonces era yo, como hombre, un vividor empedernido; me gustaban, todas, y corría como un loco de una á otra. Pero blanca me detuvo. Una sonrisa suya bastó para encadenarme para siempre.

Detúvose un momento, como si temiera remover las cenizas de un pasado muerto, y continuó, con voz cada vez más sombría :

— ¿Te acuerdas? Nosotros éramos como tres hermanos : ellas, como tres hermanas. Cierto que María y tú sufristeis no poco, pero ¿qué son vuestras penas comparadas con las que hemos tenido que soportar Francisco de Balzac y yo? El pobre Francisco ha vivido diez y seis años encerrado con el cadáver de Verbena de Nattier, su prometida... Yo, Jacobo, más infeliz aún que él, si ello es posible, perdida mi Blanca, hube de condenarme á vivir cerca de ella envuelto en el sudario de mis recuerdos de antaño. Porque mi me-

moria no duerme nunca, amigo mío; el pasado está tan impreso en ella, que lo vivo siempre, todos los días, á cada momento. Es horrible y delicioso á la vez; tú no puedes figurarte .. Diez y nueve años hace que pertenezco en absoluto á Blanca, aunque solo por el recuerdo. Mis labios conservan el perfume penetrante de su último beso... Te digo que he vivido envuelto en un sudario; muerta la mujer á quien amé, seguí siendo y soy aún su amante.

Oyendo á su amigo, el marqués de Villanueva-Marsan, que creía haber bebido hasta las heces el cáliz de la amargura, dábase cuenta de que en realidad ignoraba lo que es el sufrimiento, y teníase por hombre dichoso al compararse mentalmente con el conde de Armañac.

Este, siempre vestido con sus hopalandas rojas, continuó hablando :

— Mi buen Jacobo, — dijo, — han llegado los tiempos que yo esperaba. Para que sirviera de altar á la más prodigiosa manifestación de humanidad que pueda concebirse, había escogido esta torre de Nesle en la que nos encontramos; esta torre, testigo mudo de tantos crímenes como en ella se cometieron. Y he aquí que tu presencia en este salón sustituyendo al rey á quien yo venía á buscar para salvarlo de los Guisa, me demuestra que las personas de mejores intenciones pueden hacer á veces, sin sospecharlo, el juego de los aviesos.

— Si tú eres adversario de Guisa, peharemos juntos, Jacobo; — dijo el gran marqués.

El conde continuó :

— ¡Cállate, cállate! ¡Imposible! Ocupamos dos polos opuestos... Sí, ya me hago cargo de que no me comprendes; pero la explicación sería demasiado larga, y prefiero soñar, amigo mío, prefiero seguir soñando. Acabo de ver á María, la mejor amiga de mi Blanca, y su vista ha sido causa de que se renueve en mi alma el lamentable desfile de las horas desaparecidas... Escucha. Blanca era madre, madre como tu esposa, como tu María; la sonrisa de ésta hace un momento, me ha recordado la sonrisa adorable de la que fué mi ídolo. Oye, oye; tengo que decirte... Sé que vas á tratarme de infame, que me calificarás de loco... ¡Pluguiera á Dios que lo fuese, porque de serlo no tendría conciencia de mi sufrimiento!... Te decía que Blanca era también madre. Poco despues de su muerte encontré á su hijo, á mi hijo, á quien pude abrir los brazos, y no quise hacerlo. Asómbrate; al encontrarlo, cuando lo creía muerto, blasfemé de un Dios que permitía vivir á aquel niño siendo así que habiase llevado á su madre, condenándome al llevársela á una vida de desesperación y de infortunio. Diez y siete años más tarde he vuelto á ver á ese hijo á quien seguí de lejos, y si mi corazón se conmovió en su presencia, es tan solo porque observé su extraordinario parecido con mi Blanca. No habló la voz de la sangre; vibró tan solo la fibra dolorosa del recuerdo. Entonces, humillado y colérico porque en el noble mancebo veía reproducidos los rasgos fisonómicos de aquella cuya muerte me condenó á inacabable suplicio, disponíame á

abandonarlo á su propia suerte, á su buena ó mala estrella, y esta vez para siempre, cuando se me apareció mi Blanca. Sí, no te extrañe; se me aparece con frecuencia. ¡Estamos tan unidos, á pesar de estar separados por la muerte! Tanto que su corazón no está como puedes tú creer en su cuerpo, enterrado en el humilde cementerio de Barbotan; no. Su corazón se evadió de aquella cárcel para correr á unirse al mío, á sumarse en él, á fundirse en él. Nada hay ya que pueda separarlos... ¿Qué te decía? ¡Ah sí! Blanca se me apareció, cuando me disponía á abandonar de nuevo á mi hijo, para decirme : « Defiéndele, devuélvele su nombre; es preciso que desenmascares y aniquiles al *hombre de la cara robada*. »

El gran marqués repitió como un eco :

— El hombre de la cara robada...

— Se trata de una historia sombría y demoniaca, Jacobo; — dijo el conde. Verás. Antes de casarme con Blanca, fui amante de una gipsia, llamada Phtah, la cual me anunció, pocas horas antes del abominable atentado que redujo á cenizas el castillo de Astaffort, que su hijo, que ella decía serlo también mío, heredaría de todos mis títulos y bienes, con perjuicio del legítimo, del hijo de Blanca.

— Vamos, sí, ya comprendo; — interrumpió el marqués. — Comprendo tanto más cuanto que yo conozco al hombre de la cara robada.

— ¿Estás seguro? ¿No confundirás al falso con el verdadero?

— No es posible ¡cruz de Cristo! El ladrón es un

inmundo bandido que me ha matado á Solange.

— ¿Solange?

— Sí; y Bernardo de Arma el vivo retrato de tu adorada, que lleva tu divisa y adoptó tu grito de guerra, es mi salvador, mi amigo, mi hijo.

— ¡Tu hijo!... No sabes cuánto me complace oírte decir; tal vez así me perdone mi Blanca.

Por el semblante del conde de Armañac rodaron entonces, silenciosas, lágrimas candentes, que él quiso disculpar como si fueran testimonio de una debilidad imperdonable.

— Has de saber, Jacobo, — dijo al de Villanueva — que no había llorado desde la noche espantosa de Astaffort, y que por la vez primera desde hace diez y nueve años he pensado en la bondad de Dios. Estoy convencido de que no hay modo de torcer el destino de la criatura, que á veces ha de creer en los presagios. Lo digo porque si bien veo que abortan en este momento las esperanzas que acaricié durante toda mi vida, algo me dice aquí dentro que mi intolerable duelo toca á su fin. Escucha. Hace un momento te dije que Blanca me visita y me sostiene en la tarea que me he impuesto. Esta misma noche, vencido por el cansancio, me adormecí un momento, poco antes de venir á este sitio; entonces mi santa se inclinó hacia mí sonriendo á través de sus lágrimas, agitando sus labios incoloros, tendiendo sus brazos... Comprendí que quería decirme: Ven, ven á reunirte conmigo...

El conde cubrió al decir esto sus ojos con las manos, y su pecho se agitó convulsivamente.

Villanueva hubo de sostenerlo para evitar que cayese.

— Animo, amigo mío, — le decía, — la explosión de tu pena me hace sufrir cruelmente, y no encuentro palabras para consolarte. Sé fuerte, sé hombre, ¡qué diablo! Y permite á mi amistad que te diga que oponiendo la memoria de Blanca á los impulsos de tu corazón, insultas á la pobre desaparecida. Tú te mientes á tí mismo, Jacobo. Tú quieres á tu hijo...

— ¡Mi hijo! — murmuró el conde con voz desfallecida. — Sí, soy un ser egoísta, un padre desnaturalizado; pero tú me reemplazarás cerca de él y serás para él lo que yo no he sido. Oye, Jacobo; yo no sé si lo que voy á decirte me lo ha enseñado la ciencia ó si me lo ha dicho mi Blanca con su voz de ultratumba; pero sé, me consta, que tu hija...

— ¿Hablas de mi hija adoptiva? — interrumpió el marqués.

— Sí, puesto que te obstinas en no creerla de tu sangre. Tu hija adoptiva fué encontrada providencialmente por el hijo de Blanca...

— Ya lo sé. Bernardo ama á Glorieta sin confesárselo, y Glorieta, muchacha impresionable, no sabe disimular el tierno sentimiento que él le merece; sin embargo, cuando yo consiga devolver á esa niña el uso de la palabra...

— ¿Pero tú crees posible ese milagro? — preguntó el conde, asombrado.

— Sí; y por ella he sabido que vivías y que velabas por mí.

— Pero ¿cómo?

— Hipnotizándola. Aunque en estado de vigilia esa niña es muda, una vez bajo el imperio del sueño somnabólico se la hace hablar como se desea.

— ¡Ah! — exclamó Jacobo de Armañac en el colmo de la admiración — Tú eres un maestro, mi maestro, por el poder del fluido. Permíteme que te bendiga por haber concebido el proyecto, noble entre todos, de unir á esas dos criaturas para perpetuar la fraternidad de nuestros estudios, de nuestra vida militar y de nuestros amores.

Los dos hombres se abrazaron nuevamente.

— ¡Por el santo sudario, — exclamó de pronto Villanueva, — ni que fuéramos mujeres! Basta ya de enternecerse, amigo mío. El rey me ha encargado que te interrogue, conque sepamos : ¿qué es lo que tenías que decir al rey?

Enderezóse el conde de Armañac mostrando lo aventajado de su estatura mientras que sus pupilas brillaban como carbunclos bajo la espesura de su entrecejo fruncido.

— Es verdad; — dijo como si despertase de un sueño. — El tiempo pasa y la revuelta va á estallar rompiendo todos los diques... Pues esta vez me acercaba al rey, no como el hombre que se prepara á abusar de la credulidad infantil que sabe haber inspirado, sino como el más leal de sus súbditos. Proponíame despojarme en su presencia de mi teatral disfraz musulmán, decirle mi nombre, y poner á su servicio mi ciencia de los hombres y el poder de que me es dado disponer á mi antojo.

El marqués, con voz grave, pronunció las siguientes palabras :

— Conde, apruebo enteramente vuestra conducta. Diré pues á su majestad que venís á hacerle vuestra sumisión.

— ¡Un momento!... He de hacer una reserva.

— Con el rey no se discute ¡cruz de Cristo!... dijo el marqués.

Mirólo fijamente el conde y le preguntó con calma :

— ¿Ni aun cuando se trata de salvar el reino?

— Lo mismo da el rey que el reino, — aseguró el marqués sin comprender bien á su interlocutor. — Ofrecer al monarca una adhesión condicional no es propio de súbditos leales; como no es propio de buenos cristianos poner reservas á la adopción del dogma. Si deseáis, conde, servir á Francia, servid al rey, que el rey es la patria.

Los labios de Jacobo de Armañac se plegaron con sonrisa sarcástica, y entre aquellos dos hombres se entabló un diálogo filosófico-patriótico, al que puso término el marqués de Villanueva.

— La sangre que perdi recientemente, — dijo tomando asiento en la otomana, — me produjo gran debilidad que á veces, como ahora, se traduce en vértigos. Sepamos sin embargo, si es que queréis enterarme de ello, qué es lo que os proponíais decir al rey.

— No hay en ello inconveniente; — dijo el conde sentándose junto á su amigo. Pero antes de nombrarte juez de mis acciones, quiero que me conozcas tal cual soy. Tú no tienes nada que ocultar; tu divisa imperiosa

te dirige, limpia como la hoja de una espada. ¡A todo! Es como la venda de la lealtad puesta sobre tus ojos. Huérfano de pasiones, sigues impertérrito el camino que te trazan esas dos palabras sublimemente locas. Cuanto á mí, no me ha sido posible permanecer encerrado en los límites de una abnegación estrecha é irreflexiva. ¿*Cur non?* ¿Por qué no? Experimenté la necesidad de examinar, de pesar el bien y el mal, de luchar, de batallar contra el fuerte en provecho del débil, por la manumisión de los siervos y el aplastamiento del antiguo espíritu feudal... Esa necesidad de guerrear en el campo de los pequeños, fué la que me impulsó á fundar en Gascuña la temida asociación de los *Descontentos*. Nuestra evolución humanitaria creció de día en día y hubiera sin duda llegado á contrabalancear el poder de Catalina de Médicis, si la desgracia no hubiese descargado sobre mí el golpe más terrible que pueda imaginarse. Tú has oído hablar de la noche aquella en que al regreso de Auch hube de ver la llanura iluminada por gigantesca antorcha. Era mi castillo de Astaffort que ardía. Mis servidores, pasados á cuchillo, habían muerto todos. Hube de recorrer solo la hoguera transformada en osario, pues en ella humeaban montones de cadáveres; y no pude descubrir huella alguna de mi mujer ni de mi hijo, cuyos cuerpos habían sido precipitados sin duda por los asesinos á las aguas del Gers.

El gran marqués tomó ambas manos del conde, y estrechándolas con fuerza entre las suyas, le dijo con bondad:

— Dios te ama, hermano; eso era una advertencia suya.

— Prefiero no ser amado de ese modo: — exclamó airado Jacobo de Armañac. — El Dios de Torquemada, cruel, salvaje y sordo á los sufrimientos humanos se parece demasiado al irascible Siva de los idólatras de la India, y no es posible confundirlo con la víctima redentora del Calvario. Continúo. Persuadido de que solo la infame italiana había podido dirigir el brazo de los asesinos incendiarios, porque de las amenazas de Phtah Mansour no me acordé hasta mucho más tarde, juré tomar venganza. ¿A qué contarte mi historia, á partir de aquel momento? Sería demasiado largo, Jacobo, y además se parece mucho, pero mucho á la tuya, con la diferencia de que si tú estuviste preso durante diez años, hace más de diez y nueve que yo paso por muerto y que me sé borrado del número de los vivos; tanto, que se ha dispuesto de mi nombre y que se ha distribuido mi herencia... En fin, hecho prisionero con las armas en la mano después de la matanza de Vassy, tuve que devorar la afrenta de que se me perdonase la vida, enviándome á remar en las galeras. Una noche me escapé á nado. Había visto un barquichuelo y quería volver para vengarme. La casualidad dispuso las cosas de otro modo. El barquichuelo pertenecía á los piratas del bey de Argel; los berberiscos me hicieron prisionero, y reducido de nuevo á la esclavitud, hube de esperar y de sufrir durante mucho, mucho tiempo... Mi amo me libertó en fin porque tuve ocasión de salvar la vida de su hija; pero

el camino de vuelta fué para mi de lo más accidentado que puedas imaginarte, á causa de los naufragios, y no logré verme en tierra de Francia sino cuando ya había recorrido más de la mitad del universo. Como única compensación de tanto padecimiento, vi aumentarse el caudal de mi ciencia. Y como también mi físico habíase modificado grandemente, cuando logré pisar el suelo de mi patria, en la que seguía reinando mi enemiga disimulada tras el fantecho enfermo que era Carlos IX, se me ocurrió la idea de disfrazarme de africano; tomé el nombre de Bar Cobral y disimulé mi rostro á la usanza musulmana. Solo, siempre solo, sin parientes que ya no tenía, sin amigos que no hubieran podido reconocerme, quise peregrinar por lo que fueron mis dominios de Astaffort y por sus cercanías. En Barbotan me llamó la atención un campamento de bohemios instalado al abrigo del muro del cementerio de esa aldea, perdida en las montañas del Bearn. ¿Será esa la tribu de Phtah? — pensé. Y como la idea me pareció absurda, burlándome de mi estupidez, entré en el campo de reposo, y figúrate cuál no sería mi asombro y mi emoción al ver á un niño, cuya cara era la cara misma de mi Blanca, arrodillado y rezando junto á una tumba abandonada. Claro es que pensé en la posibilidad de que fuese el hijo de mi santa; sin embargo, lleno de turbación por aquel encuentro no hice nada por detener al niño, que se alejó á poco. Entonces me acerqué á la tumba y leí la inscripción de la cruz: « A la muerta desconocida ». La duda no era posible: Blanca, mi Blanca adorada, había podido sal-

var á su hijo, y ella descansaba allí en aquella tierra perdida... Caí de rodillas, y recé y lloré largo rato, y hubiera deseado poder cavar el suelo con las manos para acostarme de una vez y para siempre junto á la que allí dormía. Pero renunciar á mi odio y á mi venganza hubiera sido traicionar á Blanca. Salí pues del cementerio para dirigirme en busca del niño, de mi hijo... Un nuevo dolor, y una sorpresa más, me esperaban fuera. Había desaparecido el campamento de los bohemios. En la aldea no se hablaba de otra cosa que de la huida de los nómadas, que acababan de raptar al hijo adoptivo de un viñador llamado Garrote, mi Bernardo sin duda, abandonando en cambio á una infeliz niña de su tribu, á la que los labradores coléricos pretendían quemar viva... Yo me opuse, como es natural, y acompañado de la niña me lancé en persecución de los raptos, pero no pude darles alcance. Habían atravesado el mar con su prisionero. ¿Qué había de hacer? Volví atrás en compañía de Fiamma, nombre con el que bauticé á Fátima, la niña abandonada, y desde aquel momento compartió ésta conmigo mi vida errante, mis fatigas y mis sufrimientos. Fiamma era inteligente, y ducha en las tenebrosas ciencias de los de su raza. Su presencia continua y su charla adivinatoria me inspiraron una idea extraordinaria. Poniendo en práctica las teorías que acerca del magnetismo estudiamos juntos, resolví asociarla á mi odio, haciendo de ella una vidente. El éxito coronó mi primer ensayo; yo tenía fluido y ella era un sujeto magnífico. Con Fátima como auxiliar, iba á serme posible en lo sucesivo

hacer creer á los ignorantes en la posibilidad de arrancar á los espíritus los terribles secretos de lo porvenir. Poseía un arma maravillosa; y sabedor de que en la corte, más que en parte alguna, existía la pasión de rebasar los límites de la naturaleza, emprendimos el viaje á París. Yo no sé si me creerás si te digo que mi paso por los campos desolados y por los pueblos arruinados por la guerra civil; el contacto del pueblo, bueno y sufrido aunque esquilado en grado sumo por las disputas de los grandes cuyas victorias ó derrotas son para él igualmente onerosas; y el espectáculo de toda aquella miseria soportada con estoica resignación por millares de inocentes, fueron causa de que cediesen poco á poco mis rencores, hasta que olvidado de mis propios sufrimientos solo llegó á preocuparme una cosa: la salvación de Francia oprimida por un yugo tiránico. Firme en esta idea, no tardó en ser célebre en la corte el arma destinada á la redención del pueblo. Semejante á Dios, Bar Cobral había podido encontrar el secreto de su poder; y en un mismo día, casi á la misma hora, tres herejes convertíanse en amos de los que eran dueños del reino cristiano. Abou-Nadarah reemplazó al astrólogo Ruggieri cerca de Catalina de Médicis; Salem-Kebir fué, cerca del canciller de Villequier, un médico de cámara al mismo tiempo que destilador de filtros amorosos, y Mammouth el rojo adquirió preponderancia indestructible en el ánimo del rey. Bajo el albornoz de los tres descreídos alentaba vigilante Jacobo de Armañac, el evadido de las galeras. Como puedes figurarte, Jacobo, el conde de

Armañac llegado á la cumbre del poder, mejor dicho, del valimiento, no había olvidado á su mejor amigo, preso en el castillo de Vincennes. Proponíase, por el contrario, salvarlo, velando por él en la sombra, y aun así lo hizo saber á la noble María de Villanueva...

— ¿Qué? — interrumpió el gran marqués. — ¿Qué has hecho saber á mi esposa?

— Verás. Una noche, durante una de mis correrías á través del territorio de Francia, — yo iba á Oriente donde la presencia de mi hijo me había sido señalada de un modo involuntario por el hombre de la cara rodada — una noche repito, fuimos capturados Fiamma y yo por los arqueros del señor abate de Monflanquin, y encerrados ambos en tu castillo de Bonaguil. Como comprenderás, no esperé á que fuese de día para dejar la compañía de los arqueros y escapar de mi jaula; pero antes de alejarme, y como prueba de gratitud por su hospitalidad, hice que Fiamma llevase á la marquesa un papel en el que tracé cuatro palabras latinas.

— ¿Qué palabras eran esas?

— *Spes unica. Cur non.*

— Ya comprendo, — murmuró el señor de Villanueva emocionado. — Tu divisa firmaba una palabra de esperanza. Habías pensado en mí...

— Sí: tu liberación estaba decretada por mí, resuelta, era indudable; pero la hora de la misma no debía sonar hasta después que el éxito hubiese coronado mis proyectos.

— Según eso, — interrumpió el señor de Villanueva

— ¿yo he recobrado la libertad sin que tú lo sepas y á pesar tuyo?

— Sin que yo lo sepa, y á pesar mío; esa es la palabra.

— ¿Pero sabes quién me ha ayudado á romper mis cadenas?

— Lo sé: — aseguró el conde. — Tu hija y mi hijo han hecho el milagro.

Y añadió enseguida, en voz más baja:

— ¡Ah, el destino! Es la fatalidad, indudablemente, la que rige el mundo.

— Jacobo, — dijo el marqués, — hay en tí más de musulmán que de cristiano.

El conde se encogió de hombros, y continuó, mudando de tono:

— No podéis formaros una idea, señor conde, de lo que es esta corte. Mi obra tenebrosa de salubridad avanzaba paulatinamente; yo lo sabía todo, ó por lo menos creía saberlo todo. ¡Necio orgullo el mío! Como si un hombre solo pudiese seguir el curso vario de las múltiples intrigas que se enredan y rastrean por las gradas podridas de un trono vacilante.

En la corriente de fango que desbordaba en torno mío, yo seguía la pista de los grandes cachalotes, sin desconfiar de la morena carnicera, aun cuando era mi mortal enemiga de siempre... Por eso no he sabido nada de la hábil y sutil perfidia de Catalina, quien ganosa de privar á Enrique de su miñón favorito, proponíase hacerte asesinar y unir en matrimonio á tu hija con el bandido que lleva indebidamente mi nombre, con el

hijo de Phtah Mansour, con el hombre de la cara robada... Marqués, tu prematura salida del castillo me hizo perder la cabeza. Yo presumía que, una vez libre, el señor de Villanueva-Marsan pondriase en movimiento, y quise precipitar la acción, hacer que raptasen al rey... ¡Qué insensatez la mía! Antes que yo, llegaste tú ayer á la calle de San Antonio, y se produjo lo que yo me temía desde mucho tiempo antes. Mi hijo me abandonó para no oír otra voz que la tuya. Un Armañac salvó al rey que otro Armañac pretendía llevarse.

El conde enmudeció de pronto.